Meditación sobre Mc 1,14-15

Tras el combate con Satanás en el desierto, Jesucristo comienza la Misión que su Padre le ha encargado:

«Y después que Juan fue entregado, vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios y diciendo: “Cumplido es el tiempo y el Reino de Dios está cercano; convertíos y creed en el Evangelio”».

El evangelista marca claramente los tiempos: Juan cierra el tiempo de preparación; con Jesús se abre el tiempo del cumplimiento. Pero Marcos indica también que entre Juan, el Precursor, y Jesucristo, no sólo hay continuidad, hay también una íntima comunión en el desenlace de sus vidas. El evangelio lo pone de relieve con una expresión de profundo significado: «Juan fue entregado».

En el original griego el término que aquí traducimos por entregado es *π α ρ α δ ο θ* ῆ *ν α ι* . En la forma pasiva es preciso reconocer la actuación de Dios. Es lo que se conoce como “pasiva teológica”, forma habitual en las Escrituras de referirse al obrar de Dios evitando tomar su Santo Nombre en vano. Claro que hay que contar con la actuación libre de los hombres -Herodes, en el caso de Juan-, pero lo que la forma pasiva expresa es que esa acción responde al Designio de Dios. En el texto que estamos comentando, el entregado señala que Dios gobierna los tiempos de la Redención.

Entregado (*π α ρ α δ ο θ* ῆ *ν α ι*) es el término que Jesús utiliza

para anunciar a sus discípulos que camina hacia la Pasión: «Les decía: “El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y le matarán”» (9,31). También en la Última Cena: «Dijo Jesús: “En verdad os digo que uno de vosotros, el que come conmigo, me entregará”» (14,18). Y en el Huerto de los Olivos: «Y les dice: “Llegó la Hora; he aquí que es entregado el Hijo del hombre en manos de los pecadores”» (14,41). Luego, ya iniciada la Pasión, la expresión se repite en 15,1;10;15, marcando el paso de Jesús de las manos del Sanedrín a las de Pilatos y de las de éste a los verdugos. Pero, además, cuando Jesús les explica a los suyos lo que el futuro les deparará, recurre también a esta misma expresión: «Os entregarán a los sanedrines» (13,9). ¿Qué es lo que unifica y da sentido a estos diversos lugares?: La Cruz de Cristo. Por querer del Padre, y para cumplir su Designio de Salvación, Jesucristo es entregado en manos de los hombres para ser crucificado.

Es ya la tercera vez que Marcos hace referencia a la Cruz en este inicio de su evangelio. La primera en el Jordán, cuando Jesús se sumerge en las aguas; la segunda en el desierto, en el combate con Satanás; la tercera ahora, en el comienzo de la vida pública de Jesucristo. Cuando Jesús muera en el Calvario, Marcos pondrá en boca del centurión la confesión que da razón de su evangelio: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (15,39).

Mc continúa: «Vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios». Al evangelista le interesa dejar claro que Jesús vuelve a su patria y que la predicación de la Buena Nueva de Dios comienza en Galilea. Sobre la connaturalidad entre la predicación de Jesús y el amable paisaje de la Galilea los exegetas tienen cosas muy interesantes que decir, en las que aquí no nos detenemos.

El término griego traducido por predicación, y que otros traducen correctamente por proclamación o anuncio, es κηρύσσων.

Como sucede con todo el lenguaje cristiano, este término tiene un sentido propio cuando es Jesús el que predica. No es sólo anunciar, es también realizar la Buena Nueva de Dios. Sólo Jesucristo puede revelar el Evangelio de Dios, y sólo Él lo puede llevar a cumplimiento. Qué hora tan emocionante aquella en la que Jesús, en Galilea, comienza a proclamar el Evangelio de Dios, la Buena Nueva que trata de Dios, que de Dios nos viene y que a Dios nos lleva. Solo Él puede hacerlo. Solo Él, el Verbo de Dios, puede darnos a conocer quién es Dios. Solo Él, el Hijo Unigénito, puede introducirnos en la familia de Dios como hijos. Para eso se ha hecho hombre.

Dios, por medio de los profetas, se reveló a Israel de un modo poderoso. Poderosísimo. Lo que Israel conoce de Dios está muy por encima de lo que de Dios conocen las grandes culturas de Egipto, Mesopotamia y Grecia. Y el modo como el israelita fiel trata a Dios está a años luz del modo como trataban a sus dioses las buenas gentes de Egipto, Mesopotamia y Grecia. Todo esto es verdad, pero la revelación de Dios a Israel tiene un punto débil: comienza con la creación y se circunscribe al ámbito de la creación. Por eso el lenguaje de revelación del Antiguo Testamento es analógico. Las Escrituras de Israel presentan a Dios como un Dios Personal que dialoga con el hombre, que quiere a Israel con amor de Padre (ver las admirables páginas del libro del profeta Oseas), que sufre cuando su amor no es correspondido: "Pueblo mío ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he molestado? Respóndeme" (Miq 6,3).

El problema es: ¿Qué pasa antes de la creación? ¿Es el Dios del Antiguo Testamento un sujeto solitario, un Dios mudo porque no tiene nadie con quién hablar, y ajeno al amor porque no tiene a nadie a quien querer? Si es así, entonces ese Dios no es persona, porque lo esencial de la persona es la comunión, la relación; el "yo" se constituye en el "tú" y el "nosotros". Sin la comunión en el conocimiento, el diálogo y el amor, puede haber individuos, pero no personas. Por esto, si aceptamos como único ámbito de

revelación de Dios las Escrituras de Israel, y nos mantenemos estrictamente dentro de ese marco, lo que constituye al Dios del Antiguo Testamento en Persona es la creación. Él sería el gran beneficiado de la creación, de la que quedaría dependiente para no recaer en el aislamiento. Absurdo. Completamente absurdo. Esto es lo que un teólogo contemporáneo llama "la hipoteca de los monoteísmos". Por eso hablar del cristianismo como de una de las religiones monoteístas es un despropósito. El monoteísmo del cristianismo es Trinitario. El Dios que nos ha revelado Jesucristo no es un individuo aislado, sino una Comunión de Personas, una Familia: Padre e Hijo unidos en el Espíritu Santo, la Persona Amor.

El Antiguo Testamento están esperando, pidiendo a gritos, la plenitud de la revelación sobre Dios que sólo el Hijo Unigénito de Dios nos puede traer. Se ha cumplido el tiempo de la espera. Jesucristo viene a revelarnos el Evangelio de Dios y a introducirnos en el Misterio de la vida de Dios. El pecado altera el modo, pero no impide el plan de Dios y, en Jesucristo, somos reconciliados con Dios como hijos adoptivos: hijos en el Hijo. El Evangelio de Jesucristo es la Buena Nueva de nuestra filiación divina.

Jesús comienza a predicar el Evangelio de Dios diciendo: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios». Con la venida del Hijo ha llegado el cumplimiento de la Promesa que Dios hizo al hombre a raíz del pecado del origen. Dirigiéndose a la Serpiente, Dios le dice: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar» (Gen 3,15). La última etapa de ese larguísimo tiempo ha sido la historia de Israel. A lo largo de esa historia Dios ha ido preparado "la Mujer", María, la Llena de Gracia, en la que puso enemistad con Satanás desde su Concepción, y de la que ha nacido el que pisará la cabeza de la Serpiente.

Con Jesucristo viene el Reino de Dios. Está ya muy cerca. Faltan algunos meses para que, una vez realizada la Redención, Cristo nos envíe el Espíritu Santo y dé comienzo el Reinado del Amor de Dios en el mundo. Por eso la invitación es una invitación a acogerle a Él: «Convertíos y creed en el Evangelio».

En labios de Jesús estas palabras tienen sentido propio. No usa la palabra conversión en el sentido banal del que tanto se abusa, sobre todo en Cuaresma; ni por creed se refiere una cierta aceptación de contenidos difusos que a nada compromete. Lo que Jesús nos está diciendo es que tenemos que elegir a qué reino queremos pertenecer, en qué reino queremos vivir. Si queremos continuar en el reino del pecado y vivir como seres para la muerte, o queremos ser transplantados al Reino del Amor de Dios. Sólo Jesucristo nos puede ofrecer esta opción, porque sólo Él puede hacerla efectiva. Hay que contar con la gracia, claro, pero la elección es nuestra, de cada uno. Y es radical. Compromete todas las dimensiones de nuestro ser, y se manifiesta en todos los aspectos de la vida. Por eso conversión y fe en el Evangelio son dos realidades inseparables. No pueden darse la una sin la otra. La conversión a la que nos invita Jesús sólo puede darse una vez en la vida. Si aceptamos la invitación, lo que luego se dará serán muchos actos de contrición, cada vez que seamos conscientes de que no hemos hecho honor a nuestra palabra. Jesús abriga la esperanza de que aceptemos su invitación. Esa esperanza le ha costado la Cruz.

A partir de esta Hora Jesús manifestará, con sus curaciones y expulsiones de demonios que, efectivamente, con Él llega el Reino de Dios. Con su palabra y con sus obras nos irá enseñando el Evangelio en el que nos invita a creer. Con la elección de los discípulos irá poniendo las bases de su Iglesia, para que la predicación del Evangelio de Dios y la invitación a la conversión y a la fe lleguen al mundo entero. Se puede decir que el evangelio de Marcos está contenido en este comienzo.